

ENTRE LIBERALISMO, PERONISMO
Y SOCIALISMO. LA IMPERCEPTIBLE
EXISTENCIA DE LA DEMOCRACIA
CRISTIANA EN ARGENTINA

BETWEEN LIBERALISM, PERONISM
AND SOCIALISM. THE IMPERCEPTIBLE
EXISTENCE OF CHRISTIAN
DEMOCRACY IN ARGENTINA

JUAN FERNANDO SEGOVIA
CONICET-Universidad de Mendoza

RESUMEN. La democracia cristiana argentina ha pretendido hundir sus raíces en las raíces mismas de la historia patria. Patricia y liberal, por tanto, constitucionalista, cuando se consolida como partido político después de la II guerra mundial, la DCA vive casi cuatro décadas entre el liberalismo originario, el humanismo personalista de Maritain, el legado peronista y el giro socialista post Vaticano II, pero sin

consolidarse como fuerza política con serias pretensiones de gobierno. Doctrinariamente más democrática que cristiana, desde 1983, el partido subsiste en franca crisis, sumándose a frentes electorales a los que no aporta nada. Sin embargo, existe en Argentina un fuerte contingente católico democrático ajeno a la política de partido.

PALABRAS CLAVE. Argentina. Democracia cristiana. Liberalismo. Peronismo. Socialismo.

ABSTRACT. Argentine Christian democracy swanked to have their roots in the very roots of homeland history. Patriotic and liberal, therefore constitutionalist, when it is consolidated as a political party after the second world war, the ACD lives almost four decades between native liberalism, Maritain's personalistic humanism, the peronist legacy and the socialist spin post Vatican II, but did not became a political force with serious claims of government. If doctrinaire is more democratic than Christian, since 1983 the party persists in frank crisis, joining electoral fronts at which it not adds anything. However, there is a strong democratic Catholic contingent outside party politics in Argentina.

KEY WORDS. Argentina. Christian democracy. Liberalism. Peronism. Socialism.

1. Introducción

La democracia cristiana argentina nunca fue un partido político de peso y exitoso, como en Italia, Alemania, Venezuela o Chile, aunque no cabe duda que hubo y hay más cristianos demócratas que votantes y afiliados al partido. En este artículo se pretende reseñar la historia de la democracia cristiana en Argentina y explicar la mentalidad demoliberal cristiana en este país.

2. Directrices históricas

Introducción histórica

El triunfo de la revolución liberal (1853-1860) encuentra al grueso de los católicos argentinos compartiendo las ideas del régimen al que acompañan casi sin excepción. Recién cuando aparecen las primeras sombras de desconfianza, a raíz de las reformas laicistas (1880-1890), un lote prestigioso de escritores y políticos católicos se levanta para señalar las deficiencias institucionales y morales del liberalismo reinante. Los mejores de ellos se separan de la vida pública y, no obstante algunos esfuerzos por dar vida a un partido católico, su ostracismo se volcará a una suerte de catolicismo social más que político. La causa es evidente: no eran capaces de hallar una alternativa, pues en el fondo seguían siendo buenos liberales que creían en la constitución y en la naturaleza evangélica de la democracia, al modo de Lamennais y otros católicos liberales europeos.

Al dar vuelta el siglo, el catolicismo permanece generalmente mudo como fuerza política, hasta que, entre 1920 y 1930, se asiste a un renacimiento de la conciencia pública católica, especialmente movilizada por los *Cursos de Cultura Católica*, por la reciente revista *Criterio* y la aparición del nacionalismo que, en su variopinta formación, tuvo un indiscutido componente católico. Con ellos entra en escena un doble elemento del nuevo catolicismo político: el anti-liberalismo y también el hispanismo¹. Aunque, claro está, tampoco se alcanzó un acuerdo acerca de una auténtica resolución política católica y se confió, las más de las veces, en la hora de la espada que profetizara Leopoldo Lugones.

Los tiempos malos del 30 al 40 ofrecieron, promediando esta década, la alternativa peronista, que al comienzo cautivó a los católicos, que, sin embargo, al poco tiempo, por indicaciones pastorales

1. Azuzado por la guerra civil española y representado especialmente por la revista *Sol y Luna* (1938-1943), sostenida por Juan Carlos Goyenche, y dirigida por Ignacio Anzoátegui, entre otros. En general, véase Enrique ZULETA ÁLVAREZ, «España y el nacionalismo argentino», *Cuadernos del Sur* (Bahía Blanca), núm. 23-24 (1990-1991), págs. 5-34.

y divergencias doctrinarias, se fueron alejando². Pero no totalmente. En el peronismo había vetas del catolicismo social y quedó un núcleo católico inteligente y brillante aunque sin peso interno como para convertirlo en algo distinto a lo que Perón quería³.

Ya en los 40, entonces, se advierte la división de católicos en al menos dos bandos: uno, más tradicionalista, compuesto por pensadores que provenían mayormente del nacionalismo, dispersos y con numerosas publicaciones; y otro, el de los liberales, también llamados democráticos (sus mejores figuras, por entonces, eran Manuel Ríos y Manuel Ordóñez), agrupados principalmente en torno a la revista *Orden Cristiano*, fundada en 1941 por Alberto Duhau⁴, de un decidido antiperonismo⁵. Estos últimos fueron el caldo de cultivo de la democracia cristiana al igual que buena parte de los miembros de la Acción Católica⁶.

2. Mons. Gustavo Franceschi dirigía por entonces *Criterio*, y era la voz de un amplio arco católico favorable al nacionalismo y que no vio con malos ojos el ascenso de Perón. Sin embargo, al correr de los años comenzó a criticar el peronismo y enarbolar los valores democráticos en ascenso, aproximándose así al que fuera su rival, Mons. Miguel de Andrea, un demoliberal de corte social. La polémica de *Criterio* con el P. Meinvielle en torno a Maritain y la ortodoxia doctrinaria, y el cambio de posición de Franceschi ante la dictadura de Franco, fueron decisivos en su apertura a posiciones más democráticas y liberales. Véase Miranda LIDA, «Iglesia, sociedad y Estado en el pensamiento de Monseñor Franceschi. De la *señal* tomista a la “Revolución Cristiana” (1930-1943)», *Anuario del IEHS* (Tandil), núm. 17 (2002), págs. 109-124.

3. Puede verse, entre otros, Juan Fernando SEGOVIA, «Peronismo, Estado y reforma constitucional: Ernesto Palacio, Pablo Ramella y Arturo Sampay», *Revista de Historia del Derecho* (Buenos Aires), núm. 32 (2004), págs. 347-441.

4. Cfr. Álvaro PERPERE VIÑUALES, «La recepción de Adam Smith en la Argentina: Alberto Duhau y los “católicos liberales”», *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados* (Buenos Aires), núm. 56 (2012), págs. 89-108.

5. Habría que mencionar también la revista *Estrada*, de corta vida, patrocinada por Mons. de Andrea, aparecida en 1946.

6. Los católicos sociales se dispersaron. Un sector se pasó al peronismo; otro siguió próximo a los demoliberales con los que comulgaban en el antifascismo. Es sintomático el premonitorio articulo del ex maurrasiano devenido demoliberal Rafael PIVIDAL, «Católicos fascistas y católicos personalistas», en *Sur* (Buenos Aires), núm. 35 (1937), págs. 87-97; reproducido en Niall BINNS (ed.), *Argentina y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur, 2012, págs. 631-634.

El nacimiento

Impulsados por una lectura parcial –en el sentido de sesgada– del radiomensaje de 1944 de Pío XII, *Benignitas et humanitas*, que les confería cierta autoridad magisterial⁷; aprovechando el contexto internacional de posguerra y las líneas de la diplomacia vaticana; y valiéndose de las circunstancias locales, el grupo liberal democrático publicó a comienzos de 1946 un «Manifiesto de los demócratas cristianos» en el que brindaron su apoyo a los candidatos opositores a Perón (los de la llamada Unión Democrática⁸) pues apreciaban que el crítico momento les demandaba renovar su voto a «la causa de la legalidad y de la Constitución»⁹.

Confabulaba, por entonces, contra la consolidación de un partido de la democracia cristiana argentina la dispersión de fuerzas demoliberales en las provincias tanto como el doble frente opositor católico: el peronista y el nacionalista. En 1947 se trató de alcanzar en Montevideo alguna unidad doctrinaria y organizativa a nivel continental¹⁰, reunión que parió un documento cuya definición más clara era la del humanismo económico, con tintes socializantes, que no gustó a la mayoría de los argentinos¹¹. Doctrinariamente éstos eran partidarios de un liberalismo político y económico, es decir, eran constitucionalistas y capitalistas, dirección impuesta por Duhau¹².

7. Cf. Danilo CASTELLANO, «De la democracia y la democracia cristiana», en *Fuego y Raya* (Madrid-Buenos Aires), núm. 6 (2013), págs. 64-66.

8. Verdadero refrito de partidos que incluía, entre otros, a conservadores, radicales, socialistas y comunistas.

9. Citado en Ricardo G. PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos. Testimonio de una experiencia política*, Buenos Aires, Ed. Leonardo Buschi, 1986, t. I, págs. 83-84.

10. La han recordado Marcelo ANDRADE y Ricardo DIP, «Um excursu sobre a democracia cristã brasileira», en el número pasado de *Fuego y Raya*.

11. El documento en Enrique GHIRARDI, *La Democracia Cristiana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, págs. 77-78.

12. Cf. Álvaro PERPERE VIÑUALES, «Rafael Pividal y Alberto Duhau: aportes y debates en torno a la idea de democracia en el pensamiento político de intelectuales católicos», *Colección* (Buenos Aires), núm. 21 (2011), págs. 65-92.

Mucho se ha dicho acerca de los miedos de Perón respecto de la formación de un partido católico (clerical) y sus intentos por evitarlo; lo único que se sabe a ciencia cierta es su paulatino alejamiento de los sectores católicos hasta el estallido de la crisis de 1954-1955. Si no fraguó el partido democristiano bajo el peronismo fue por la inoperancia de sus miembros; y que haya sido posible en los años indicados, fue por la torpeza del gobierno.

En efecto, los demócratas cristianos aprovecharon el espaldarazo de la ruptura de las relaciones entre la Iglesia y el gobierno peronista¹³ y el deslizarse de éste a posiciones anticatólicas, para dar forma a lo que por una década había sido un proyecto nonato.

A mediados de 1954 ya se había creado la junta promotora del Partido Demócrata Cristiano, pero no hizo pública aparición sino hasta el trance del año siguiente¹⁴ cuando entregó a la prensa, el 13 de julio de 1955, el manifiesto titulado «La Democracia Cristiana Argentina al pueblo y al gobierno», en el que, luego de repetir lugares comunes sobre la historia patria y la crisis del gobierno peronista, define su impronta humanista: «el hombre es lo único eterno en la Creación» y el centro de todo; el hombre posee una vocación trascendente, es libre y esa libertad es «una e indivisible»; el hombre disfruta de derechos «anteriores al Estado y la Sociedad», y el Estado tiene por función proteger y coordinar esos derechos en los que se compendia el bien común; y siendo la constitución la «carta de unión de los argentinos», debía tener plena vigencia¹⁵.

13. A causa de la legalización del divorcio, la supresión de la enseñanza religiosa obligatoria y el proyecto de separación de la Iglesia y el Estado, entre otros.

14. Sin duda que esa inacción respondía a las corrientes encontradas en el seno del partido: de un lado, los viejos demoliberales constitucionalistas (Manuel Ordóñez o Ambrosio Romero Carranza); de otro, los humanistas cristianos fieles a Maritain, progresistas en lo social, que, a su vez, se dividían entre los antiperonistas (los hermanos Luchía Puig) y los admiradores de la experiencia democristiana de Chile (Salvador Bussaca o Lucas Ayarragaray). Cf. GHIRARDI, *La Democracia Cristiana*, cit., págs. 90-91.

15. En PARERA, *Los demócratas cristianos argentinos*, cit., I, págs. 98-103. El partido contó con el medio bautismo de Mons. Franceschi; cfr. Gustavo J. FRANCESCHI, «Democracia cristiana», *Criterio* (Buenos Aires), núm. 1241 (agosto 1955), págs. 563-566.

Dos meses más tarde caía Perón y los demócratas cristianos jugaron su carta más fuerte: hacerse cargo de la sucesión ideológica del peronismo en lo que éste tenía de reformismo social, un verdadero viraje de estrategia e ideas. Deplorando la actitud de las oligarquías reaccionarias, recogían la bandera de la justicia social y los reclamos de los trabajadores en un contexto de pronto retorno a la democracia. Su apoyo al gobierno provisional, nacido de la revolución llamada Libertadora, osciló entre lo incondicional respecto de los fines revolucionarios, y la crítica en cuanto a la colaboración de algunos actores, que denunciaban fascistas¹⁶, y determinadas direcciones gubernamentales¹⁷.

Hijos y bastardos

No cabe duda que el partido constituido en 1954 es la versión original, el hijo legítimo, de la democracia cristiana. Pero siendo productiva la simiente, sustantiva y adjetivamente, no fue raro que apareciera una réplica en 1955, la llamada Unión Federal Demócrata Cristiana¹⁸.

Al parecer sus hombres eran más cercanos al nacionalismo católico que los demoliberales y también más dispuestos a asumir lo positivo del peronismo. Pero del examen de sus postulados doctrinarios sólo puede deducirse un acomodamiento de los católicos a los mandatos de la democracia, un aprovechamiento –sincero, si se

16. La democracia cristiana es heredera del antifascismo pre-peronista. Uno de sus mentores (Ambrosio ROMERO CARRANZA, *¿Qué es la democracia cristiana?*, Buenos Aires, Del Atlántico, 1956), descubre los hilos históricos que hermanan cristianismo y democracia, al paso que critica los mitos del Estado Leviatán y de la voluntad general, de los que se ha alimentado el fascismo y, por supuesto, el peronismo. Sobre esto, véase José A. ZANCA, *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina 1938-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

17. PARERA, *Los demócratas cristianos argentinos*, cit., I, págs. 104-114.

18. Véase María Celina FARES, «La expresión de las minorías: la Unión Federal Demócrata Cristiana», en Dardo PÉREZ GUILHOU y otros, *La Convención Constituyente de 1957. Partidos políticos, ideas y debates*, Mendoza, Instituto de Estudios Constitucionales y Políticos/Ed. Astrea, 2007, págs. 145-212.

quiere— de las circunstancias que parecían propicias a las organizaciones católicas. No se advierte que sus documentos y declaraciones estuvieran inspirados en el humanismo cristiano —como sucede con el vástago ortodoxo— sino más bien en principios de la doctrina social cristiana reforzados por invocaciones democráticas.

La Unión Federal, empero, estragada por divisiones internas, languideció rápidamente hasta desaparecer en 1960. Algunos de sus miembros se pasaron al Partido Demócrata Cristiano, según afirma Parera¹⁹.

Elecciones, fracasos, divisiones

Los revolucionarios del 55 pensaban que la constitución reformada de 1949 era la espina dorsal del peronismo en lo jurídico-político, por lo que una de sus primeras tareas fue la de proyectar la reforma constitucional²⁰. A tal fin, comenzó a trabajar en acuerdos partidarios para sancionar un nuevo texto, recurriendo a la Junta Consultiva que había sido formada en octubre de 1955²¹. En el momento propicio, el gobierno provisorio derogó la constitución de Perón.

La primera gran experiencia de la concertación fue el llamado a elecciones de convencionales constituyentes para julio de 1957. Se presentó el PDC obteniendo el 4,8% de los sufragios que se tradujo en ocho convencionales²². El Partido llegó a la asamblea precedido de documentos y programas: la Declaración de principios, de diciembre de 1955; las declaraciones «Ante la convocatoria de la Conven-

19. PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos*, cit., I, pág. 116.

20. El cambio de timón, cuando Aramburu reemplazó a Lonardi en la presidencia de la Nación, importó el endurecimiento del antiperonismo y la adopción de una política acuerdista con los partidos políticos.

21. La Democracia Cristiana había enviado como representantes a Manuel Ordóñez y Rodolfo Martínez (h). La Unión Federal Democristiana estaba representada por Enrique E. Ariotti y Horacio J. Storni.

22. La Unión Federal Demócrata Cristiana tuvo una actuación mucho más discreta, llegando apenas al 1,8% de los votos, obteniendo un convencional. Por discrepancias e impugnaciones, el representante no se incorporó.

ción reformadora», de 1956, y «Reforma de la constitución», de 1957; etc. Ya en la Convención, los democristianos presentaron proyectos y tomaron parte en buen número de discusiones, hasta el abrupto cierre por falta de quórum²³.

Nunca más los democristianos repetirían la elección del 57. En efecto, en las de 1958 cayeron al 3,1% para electores de presidente²⁴ y al 3,8% para diputados nacionales. En las elecciones para renovación de la diputación nacional de 1960, repitieron el 3,8%; en las de 1962, en el rubro diputados nacionales, bajaron al 1,9%. En 1963 hubo elecciones generales, el PDC alcanzó el 4,5% y obtuvo siete bancas de diputados y dos senadurías nacionales, pero en la renovación de 1965 sólo consiguió el 2,5% y ningún escaño.

Cuando las elecciones generales de marzo de 1973 los democristianos se dividieron: de un lado el Partido Popular Cristiano de José Allende (aliado al peronista Frente Justicialista de Liberación); del otro, el Partido Revolucionario Cristiano de Horacio Sueldo (parte de la amalgama izquierdista que fue la Alianza Popular Revolucionaria). Ambos obtuvieron un senador y tres diputados nacionales. Fuera de las disensiones ideológicas intestinas, este hecho permite observar dos rasgos del renovado PDC: la aproximación más marcada a las tendencias populares e izquierdistas (por sobre las cristianas) y la política electoral frentista o acuerdista.

Pero la división trajo la diáspora y en las elecciones presidenciales de 1983, los democristianos unidos vuelven a sufrir un duro revés: sólo obtuvieron el 0,31% de los votos presidenciales y el 0,9% de los sufragios para diputados nacionales; en la renovación de éstos, en 1985, descendieron hasta el 0,6%. En 1989, para las elecciones presidenciales, los democristianos vuelven a escindirse: el tronco obediente apoyó a los candidatos peronistas, que triunfaron; un sector

23. Cfr. Mariano DOMÍNGUEZ, «La democracia cristiana en la Convención constituyente de 1957. Pensamiento político y proyecto constitucional», en PÉREZ GUILHOU y otros, *La Convención Constituyente de 1957*, cit., págs. 213-283. El autor no destaca la notable influencia de la ideología peronista en las propuestas democristianas.

24. Hasta la reforma constitucional de 1994 la elección de Presidente –salvo algún interregno– era indirecta a través de un colegio electoral.

más radicalizado²⁵, «Humanismo y Liberación», de Carlos Auyero y Néstor Conte, se pasó al Frente Grande, un amasijo de opositores al peronismo gobernante.

Con estos flacos porcentajes era claro que, para subsistir, los democristianos debían metamorfosearse en alianzas electorales, y así lo hicieron: en 1995 y 1999 apoyaron al FREPASO (Frente País Solidario) dominado por radicales y peronistas disidentes; en 2011 apoyaron al peronista Duhalde. Cuando decidieron ir por su cuenta en 2003 solamente alcanzaron el 0,26% de los votos a presidente.

3. La ideología del PDC argentino

La democracia cristiana de Argentina se resintió de una evolución ideológica similar a la de sus hermanas de otros países. En los saltos y piruetas tuvo que ver no sólo el contexto internacional y los virajes de la Iglesia luego del Concilio Vaticano II en materia doctrinaria, sino también la situación nacional marcada por el peronismo, por la radicalización de la izquierda, por los golpes y gobiernos militares y, como que no, por la necesidad partidaria de sobrevivir a su consumido caudal electoral.

Con todo esto a la vista, podemos delinear algunos momentos de esa evolución.

Del liberalismo a la democracia liberal coloreada de peronismo

En sus orígenes, como se ha visto, los democristianos eran liberales en lo político y económico. Legalistas, creían en la vigencia de la constitución de 1853 como marco jurídico-político de un régimen tutelar de los derechos del hombre, de su libertad y del desarrollo capitalista. Eran, en tal sentido, herederos de los patricios argentinos y legatarios de los católicos decimonónicos, como afirmó Romero Carranza²⁶.

25. El sector había sido fundado en los años del Proceso militar (1976-1983), para luchar contra la dictadura y en defensa de los derechos humanos.

26. Cfr. Ambrosio ROMERO CARRANZA, «En defensa de una forma cristiana de

Dentro de este cuadro general, aquellas ideas se enriquecieron por la afluencia de dos corrientes. Una –que se allega por las circunstancias políticas vernáculas–, es el catolicismo social; otra –que provenía de una nueva intelectualidad católica–, los introdujo en el humanismo cristiano que bebieron de Maritain y Mounier; y, en menor medida, de Tristán de Athayde y otros escritores y políticos democristianos europeos y americanos. Esta corriente se fue constituyendo en el núcleo central de la ideología partidaria.

En realidad, no fue tan dificultoso conciliar la vertiente liberal originaria con las nuevas modas, pues el molde del humanismo cristiano o integral mariteniano, poniendo al hombre en el centro de la especulación moral y político-jurídica y justificando la integración al mundo (el mito de la «Nueva Cristiandad»), permitía compatibilizar los viejos amores constitucionalistas con las nuevas inquietudes sociales, los viejos derechos individuales con los nuevos derechos sociales, la vieja economía capitalista con las nuevas demandas de la justicia social. «Nuestra concepción humanista, parte de nuestra fe en el hombre, como ser trascendente –decía uno de sus manifiestos–, capaz de transformar el mundo creando en el curso de la historia condiciones más humanas de vida»²⁷.

La sociedad democrática, que postulaba Maritain como paradigma de la aquella Cristiandad nueva, era una sociedad de hombres libres en la que se respetaban los derechos humanos, en la que el cristianismo sería su levadura, la fuente de inspiración, sin confundirse con ella ni hacerla su dependiente. Lo de cristiano significaba el elemento coagulante de la democracia²⁸.

Estado», en AA.VV, *La política del ochenta*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1964, págs. 9-34.

27. Convocatoria a los socialcristianos, llamada «No a la violencia, sí a la paz», de 9 de diciembre de 1977, en PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos*, cit., II, pág. 103.

28. Fernando MARTÍNEZ PAZ, *Maritain. Política e ideología. Revolución cristiana en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Nahuel, 1966, cap. VI. La influencia de Maritain en Argentina ha sido inmensa, aunque no exenta de sabias críticas; véase Patricia Alejandra ORBE, «La concepción política de Jacques Maritain: el eje de una contro-

No hay que desestimar, sin embargo, el sobrepeso de los conflictos vernáculos, centrados en la sucesión de la revolución peronista. La vacancia del peronismo tuvo varias dimensiones (espacial, electoral, ideológica)²⁹, interesándonos ahora la última. El discurso ideológico peronista había calado hondo en la sociedad argentina y obligó a casi todas las fuerzas políticas a renovarse, abandonando la retórica ñoña del liberalismo conservador. Los democristianos no quedaron a la zaga, aunque la tarea requería de un cuidadoso trabajo para evitar el pecado del catolicismo fascista³⁰.

En los documentos fundacionales y en los preparados para la convención del 57 se nota la cooptación del lenguaje y las ideas peronistas por el PDC. La concepción intervencionista del Estado, el desarrollo un gran número de derechos sociales y culturales, la desmedida preocupación por lo social³¹, todo es indicativo de la asunción del legado peronista, puesto en un contexto en el que se enfatiza la democracia como expresión suprema de la dignidad política de un pueblo.

A esta altura, se echa de menos el componente cristiano de la ideología partidaria, que queda reducido a la evocación del destino trascendente del hombre y la defensa de los derechos de la Iglesia, claro está que sin asignar a la política una dimensión sobrenatural (pues el humanismo cristiano dice principalmente de la dignidad humana y de la amistad cívica entre los partidos políticos), que pare-

versia católica», en Hugo E. BIAGINI y Arturo A. ROIG (dir.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblos, 2006, t. II, págs. 157-171.

29. La marginación del peronismo por decisión de los sucesivos gobiernos, y su política de resistencia, pasiva primero, activa después, forzó a los grupos y las tendencias políticas más diversos (de izquierda a derecha) a tratar de ocupar el espacio social y cultural vacante, a desarrollar medios para cautivar el potencial electoral de las masas, y también a repensar y reescribir sus mensajes y discursos según la ideología en boga.

30. Varios militantes del PDC reconocieron que su ingreso a éste fue para profundizar la obra peronista, saneándola y enriqueciéndola. Ver los testimonios de Juan Gabriel Labaké y Horacio J. Sueldo, entre otros, en PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos*, cit., II, págs. 303 y 392-393.

31. Porque «expresión del bien común es hoy la justicia social», dice la Declaración de Principios del PDC de 1955, en *ibid.*, II, pág. 35.

ciera asunto personal, de donde no extraña que una de sus banderas haya sido la libertad religiosa.

Hay ya en esta primera época un elemento secularizador de la doctrina católica que gira en torno a un homo-centrismo típicamente mariteniano y también una autonomía de lo temporal desgajada del orden natural de la política³². Es difícil probar la tesis que esta secularización es la continuidad de las corrientes católicas argentinas de los cuarenta, porque ello supondría una historiografía selectiva y por tanto arbitraria. Si existe tal continuidad secularizante es atribuible a los sectores demoliberales que prohicieron al PDC y no a otros grupos católicos.

De la democracia liberal al socialismo

A fines de los años 60 la democracia cristiana acentuó la visión secular de la política, el compromiso con el mundo visto como realidad autónoma de la fe y con la persona como sujeto libre; aunque esta mutación, en los hechos, se viera como un compromiso con el pueblo peronista y su proyecto de liberación. Parecía cumplirse el viejo sueño del dirigente Horacio Sueldo, quien quería poner al PDC en el juego de las grandes fuerzas políticas, consolidando un frente nacional y popular que impulsara una genuina revolución argentina.

La opción, en verdad, antes que fáctica, fue ideológica y por lo mismo, entonces, devino estratégica³³. A la política de diálogo e integración que proponía el PDC, siguió la radicalización de tendencias ideológicas al pulso del «tren de la historia» y de los cambios en la Iglesia que sobrevinieron al Vaticano II. La nueva ola conciliar³⁴ no tomó de sorpresa al núcleo central de los democristianos –acusados ahora de conservadores–, que sostenían ya esas ideas desde su fun-

32. La mencionada Declaración de Principios del PDC, afirma: «En lo social-político la primacía de la ley se realiza adecuadamente sólo mediante la ley positiva». *Ibid.*, II, pág. 35.

33. Ver el testimonio de Horacio J. Sueldo en *Ibid.*, II, pág. 398.

34. Véase José A. ZANCA, «El asedio a la cristiandad. Intelectuales católicos y sociedad (1950-1965)», *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla), vol. 63, núm. 1 (2006), págs. 107-130.

dación. Para otros, en cambio, se trataba de profundizar la concepción anticapitalista católica adoptando una tendencia más progresista a tono con los cambios de época.

Surge así un «desarrollismo católico», en el comienzo todavía anticomunista, pero que de a poco se fue aproximando a las izquierdas, inspirándose en la *Populorum progressio* de Pablo VI, en el movimiento Economía y Humanismo del dominico Louis Joseph Lebret³⁵, o más abiertamente en el diálogo cristiano-marxista, que venía apurado por la revolución cubana de 1959, las conferencias de la CELAM de Medellín (1968) y Puebla (1979), y la activación de grupos intelectuales y subversivos de izquierda.

La adaptación, es decir, la conformación a las novedades ideológicas más radicales o progresistas, no fue fácil para el PDC. En primer lugar, porque éste había sido un partido ideológico o de cuadros, que decía tener sus raíces en la misma historia argentina desde el siglo XIX. Además, porque el cambio de posición importaba rectificar esas bases adoptando políticas frentistas, asociándose a partidos de masas³⁶. Es cierto que, dentro de las líneas internas, existía ya una corriente que impulsaba la apertura a movimientos progresistas en social (según Sueldo, se trataba del «acompañamiento leal y siempre libre, con la perspectiva de una lenta pero fecunda convergencia»³⁷), pero fortalecer esta corriente en detrimento de la anterior significaba diluir lo poco de cristiano que todavía poseía la ideología partidaria.

Ahora bien, si la opción estratégica tenía su razón de ser en una diferencia ideológica, es claro que los democristianos debían asociarse a las fuerzas socialistas y socializantes de la política argentina, como reclamaron varios dirigentes partidarios³⁸. Pero no fue sencillo,

35. Sobre éstas y otras influencias, véase Patricia BARRIO DE VILLANUEVA, «Las preocupaciones católicas en tiempos de cambio: autovaloración y modelos de acción social en la revista *Criterio* (Argentina), entre 1955 y 1958», *Fuego y Raya* (Madrid-Buenos Aires), núm. 6 (2013), págs. 13-37.

36. Lo señala Guido Di Tella en el testimonio recogido en PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos*, cit., II, pág. 274.

37. De su testimonio en *Ibid.*, II, pág. 393.

38. Véanse los numerosos casos en *Ibid.*, II, págs. 236, 246, 260, etc.

pues el viejo tronco demoliberal siempre estuvo presente, aun en condición minoritaria. La fractura ideológica se hizo cada día más evidente y acabó en una quiebra partidaria.

En general, orgánicamente siguió predominando la concepción demoliberal de los orígenes, con insistencia en las bases humanistas y en la justicia social, que todos aceptaban. Sin embargo, desde 1972, cuando el partido se divide, se nota un mayor énfasis en la idea de formular un proyecto revolucionario y de liberación para transformar la sociedad, sin caer empero en el socialismo³⁹. Es innegable que existió esta tendencia al socialismo en el seno del partido, pero éste nunca la aceptó oficialmente, lo que produjo una nueva sangría —especialmente en la joven dirigencia— que optó por irse a fuerzas más progresistas y radicales.

Desde antes de 1983, un núcleo dirigente —especialmente los hombres de «Humanismo y Liberación»— se convirtió en crítico de la dictadura militar instalada en 1976 y trabajó activamente en defensa de los derechos humanos; y una vez reinstalada la democracia aquel año se los vio, en su mayoría, dentro de las filas del PDC pero con pretensiones rupturistas⁴⁰.

39. En la plataforma política del Partido Revolucionario Cristiano, de 1973, se habla de socialización y de argentinización, no de colectivización ni estatización, como oposición al imperialismo. Lo más avanzado del programa puede ser la propuesta de una «reforma agraria radical, rápida y masiva». En las iniciativas del Partido Popular Cristiano, de 1975, el lenguaje es más moderado todavía. Por caso, afirma: «Los valores de solidaridad y realización plena de todos los hombres, el imperio de una sociedad más justa, más libre, demandan a nuestra vocación popular y cristiana, una transformación profunda de la sociedad, de sus estructuras, del ejercicio del poder y de los mecanismos de socialización del progreso». Ambos documentos en *Ibid.*, II, págs. 77-90 y 91-99. Por cierto que es un lenguaje electoral y por lo mismo ambiguo, a pesar del tinte socializante.

40. Véase Néstor VICENTE, *Augusto Conte, padre de la Plaza*, Buenos Aires, Galerna, 2006, págs. 49 y sigs., con amplias referencias de Humanismo y Liberación y a dirigentes del PDC.

Nada nuevo bajo el sol

Es indudable que el PDC, con su lenguaje humanista-personalista y democrático, con su antropocentrismo y su vocabulario de derechos humanos y justicia social, encarna las líneas rectoras que la propia Iglesia Católica defiende desde el Concilio Vaticano II⁴¹. Como ésta, los democristianos argentinos han profundizado o secundado la huella ideológica de Maritain, los filósofos progresistas y los teólogos de la liberación, tercermundistas y modernistas.

Es el patrón personalista el que perdura, porque sigue siendo la matriz ideológica en la que calzan las distintas piezas del democratismo liberal. García Venturini, un filósofo democristiano, seguidor de Maritain y Mounier, que militó en el PDC para luego abandonarlo, escribió en 1977 que la política verdadera no es la de las masas, sino que consiste en ese «mandato moral» que llama a «trabajar por la dignificación de la persona humana» como modo singular de la «relación con Dios y con el prójimo»⁴². Esto es: la política apunta al desarrollo integral de la persona como expresión de la caridad, no al bien común ni al reinado social de Cristo.

4. Reflexión final

Con el paso de los años el partido ha seguido debilitándose políticamente y poco ha ayudado que desde las últimas décadas prefiera reconocerse a sí mismo como «socialcristiano», pues la renovación ideológica en nada ha colaborado a recomponer sus filas; la indigencia doctrinaria va de la mano de la pobreza electoral⁴³. Jamás pudo

41. Cfr. la revisión crítica de esta nueva doctrina social en Bernard DUMONT, Miguel AYUSO y Danilo CASTELLANO (dir.), *Iglesia y política. Cambiar de paradigma*, Madrid, Itinerarios, 2013 (hay edición francesa: *Église et politique. Changer de paradigme*, Perpiñán, Artège, 2013).

42. Jorge Luis GARCÍA VENTURINI, *Politeia*, 2ª ed., Buenos Aires, Ed. Cooperativas, 2003, pág. 223.

43. Compruébese en el sitio web del PDC: www.democraciacristiana.org.ar.

formar en torno suyo un «bloque católico», quizá por sus debilidades internas, quizá por el vicio argentino del «divisionismo» en razón de una falsa pureza doctrinaria o por apurar las decisiones prácticas, esto es: ya por los fines, ya por los medios.

Pero, como decíamos al comienzo, la mentalidad demoliberal de los católicos argentinos abunda más que la militancia partidista. Una vasta generación de católicos por la democracia prefirió, desde 1940, no ser hombres de partido; optó por pensar y actuar con independencia, por distanciarse de las grandes opciones políticas y de los enfrentamientos históricos, refugiándose en la academia, la función pública, la docencia, las instituciones eclesiásticas, el periodismo, etc. No es necesario hacer nombres, pero todos ellos siguen creyendo en la cartilla democrática de Maritain y su neocristiandad, más o menos *aggiornada*⁴⁴.

El democristiano Julio E. Álvarez, al hacer un balance del significado que tiene en Argentina el PDC, no tuvo clemencia: «El ser por descarte —escribió—, redundante en contra de la *claridad política*. El error constante de la Democracia Cristiana entre nosotros, ha sido que *no ha sido ella misma*, que ha copiado a la derecha y a la izquierda, otros partidos e ideologías, y ello ha implicado lo que me decía Mariano Rumor en 1957 en su primera visita a Buenos Aires “cuando un cristiano quiere ser más diablo que el diablo, fracasa irremediablemente, porque el diablo es el diablo”»⁴⁵.

Lo que no advirtió Álvarez es que justamente esa —y no otra— es la naturaleza de su partido: un híbrido en permanente devenir, que nunca logra ser. La democracia cristiana argentina, que no ha triunfado electoralmente ni gobernado el país —y cuya decadencia partidaria es indetenible—, ha sido, empero, un instrumento de descri-

44. Baste como muestra el ambicioso artículo de Roberto BOSCA, «La Iglesia Católica y la democracia. Presupuestos históricos, teológicos y filosóficos», *Colección* (Buenos Aires), núm. 20 (2009), págs. 147-171.

45 De su testimonio recogido en PARERA, *Los demócrata cristianos argentinos*, cit., II, pág. 207.

tianización y ocaso de la intelectualidad católica, colaborando al derumbe de la Cristiandad⁴⁶.

El imitar y el copiar, el girar ideológicamente como la veleta que mueve el viento, el hablar muchas lenguas⁴⁷, ha sido siempre el problema de la democracia cristiana, porque no ha conservado la palabra original, sino seguido versiones malogradas de ella. En cierto modo es lo que, hace más de medio siglo, una de las bestias negras de los demoliberales cristianos, Gustavo Martínez Zuviría, advertía de los católicos melifluos, que él calificaba de «discretos»: son el deite del enemigo y terminan por pasarse «a la otra trinchera»⁴⁸.

46. En un sentido, por cierto, diferente al que le asigna José A. ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/FCE, 2006.

47. Como decía el P. Castellani, «el panglossimo [sic] es la enfermedad de la democracia cristiana». Leonardo CASTELLANI, comentando un discurso de Mariano Rumor, *Jauja* (Buenos Aires), núm. 34 (octubre 1965), reproducido en *Un país de jauja*, Mendoza, Ed. Jauja, 1999, pág. 386.

48. Hugo WAST, «El triste destino del intelectual católico», *Estudios* (Buenos Aires), núm. 500 (1958), págs. 763-769.